

Příloha – Výchozí text

FERNANDA GARCÍA LAO
NACIÓN VACUNA

EDITORIAL CANDAYA

Primera edición: enero de 2020

© Editorial Candaya S.L.

Camí de l'Arboçar, 4 - Les Gunyoles 08793 - Avinyonet del Penedès (Barcelona)

BIC: FA

ISBN: 978-84-15934-72-1

INMUNIZAR

La carnicería de papá se vaciaba de noche. Durante el día, distintos tipos de carne se exponían en el mostrador. Lomo, cuadril, carnaza. Una multitud cortada y desplegada con prolijidad. La muerte se balanceaba como un gato en una sogá. Chorreando de sangre que había que limpiar. Lavandina contra el olor viciado que persiste. Que interfiere en la respiración y atraviesa las vías duras de mi sistema. Poner distancia. Como si fuera una pared.

Durante años fui el encargado de afilar los cuchillos antes del alba. A cambio, papá pagaba mis cursitos de administración.

El primer pájaro anunciaba la tarea. Delantal y chaira. De a uno iban pasando: el de corte, el de depostar, los de pollo, el que pela cerdos. Una hilera de locura, de mango higiénico, ordenada por tamaño. Después, acomodar el peregil. Falso, igual que yo. El peregil natural no sirve, se frunce rápido, acusa la putrefacción.

Medias reses nauseabundas, la costra violácea en el cuello del proveedor. Ese olor sanguinolento persiste la jornada completa. Agarraba mis apuntes y salía al mundo antes de las ocho. Pero iba con la faena macabra a todos lados. Cada número me sugería una muerte. Afortunadamente, obtuve mi título y no tuve que volver. Un terciario es experto en nada, un coleccionista de señales. El administrativo es de lo peor. Somos gente insulsa.

Ahora que soy funcionario, la mano derecha me duele de manipular conciencias y papeles. Después de completar mil formularios, no se siente. Pienso en mi extremidad superior como un pedazo de músculo que cuelga. Es la repetición la que me pone en este estado de indiferencia. La jornada de ayer, por ejemplo. Un desfile de brazos desnudos. Me ubiqué junto al enfermero. Yo hacía las preguntas. Él buscaba la vena, el olor. El miedo es agrio.

Ver la vacuna oscura corriendo por el tubo plástico me recordó a papá. Aunque sea un asunto delicado, distrae mientras sucede. El golpecito en la piel y el alcohol terminan siendo un espectáculo vacío. Se ciega la nariz, se anestesia el mundo. Es como hacer morcillas.

Desde que ganamos la guerra, todo se descompuso. La ciudad se llenó de funcionarios, el cielo parece otro. La Junta que asumió el poder se instaló acá, en Rawson. Son un terceto civil, no quedan militares de rango en tierra. Está integrada por profesionales. Un Ginecólogo, un Ingeniero y un Comisario. La Junta trabaja en distintas direcciones, transmite su programa mediocre con proporción marcial. Pero carece de espacio. Cuerpos y Causas compiten en el mismo edificio.

Cierro los ojos, me quito las gafas apabullado por esos brazos: recortes de mujer. Ellas vienen fragmentadas. No logro ver un cuerpo entero. O es una nalga, o un brazo. Pequeños indicios de carne. Nunca la desnudez total, la entrega. Me quedo con esa imagen punzante, el brillo de la aguja. El hematoma es como una pisada de barro en la piel.

Cada vacunada será objeto de un análisis ocular y testeo, siguiendo el *Modelo de cuidados de Virginia Henderson*. Hay que realizar las catorce preguntas básicas. Pero tengo miedo del examen, no me gustan las respuestas. Prefiero que nadie me contradiga. La cabeza de los demás es un coágulo siniestro.

Completar a máquina, qué tarea infinita. Recuerdo los primeros días. La fascinación por el teclado. Cada letra, una bofetada. La tinta es un flujo azabache sobre la hoja impoluta. No importa el contenido, la tarea ahuyenta el silbido en el pecho. Vence a la muerte. El golpe seco sobre la letra anula a la familia, la patria, la conciencia.

Según los resultados, habrá que arriesgar una selección. Buscar necesidades alteradas o en riesgo de. Tenemos poco margen. Somos impacientes. Nos exigen que ofendamos al tiempo. Que trabajemos en su contra. La Junta está nerviosa, el Estado es efímero. Nace y ya está fracasando.

Dolor en las articulaciones. Soñar con el carrete y el papel, incluso despierto. Las letras tienen cuerpo pero no se tocan. Quedan paralizadas, inventando un foco. Hacen una fila diferente cada vez para causar palabra. Se alían, cambian de posición. Son vírgenes de carne oscura. Un ejército desvariado en pleno fuego, que se alista para decir. Psoas no es lo mismo que Sopas. Cambiarse de lugar, un Kama Sutra del lenguaje.

Los enfermeros entregan informes a lápiz que no leo. Están llenos de faltas de ortografía: *Padese* de insomnio. *Hevita* el baño.

De las vacunadas, ninguna obtiene los *Catorce Sí*. La que no duerme en condiciones, tiene alta la temperatura. La que participa en actividades recreativas, no se baña. La perfección no existe. Reina la asimetría, lo torcido. Reviso las respuestas erráticas de hembras en observación con una mueca de angustia. No me interesa lo que hago. El mundo me disgusta hace rato. Quiero correr. Pero nunca hago lo que quiero.

La máquina de café está descompuesta. Me quedo parado junto a las tazas vacías. En el patio interior, hay abogados que fuman. Tienen los dedos mugrientos de revisar expedientes o de tragar humo. Gente negra, entonces. Con otro tinte. Compartir las instalaciones nos terminará igualando.

Vuelvo a mis tareas. Mujeres sin anécdota pasan por mis preguntas, que se suceden como ristras de embutido. Harto de devaneos, pongo un sí general. La pregunta número seis me da vergüenza. Si están obligadas a utilizar la misma camisa e idéntica falda, qué necesidad hay de recordárselo. Decido sortearla. La coherencia ha perdido sentido en este costado del mundo. Invento las respuestas. Entrego los formularios y me retiro. Soy un inadaptado.

Resuelvo no ir al refectorio. Prefiero caminar un rato. La ciudad está muda a esta hora. Sólo una lluvia ligera. Me detengo en la parada de colectivos. A mi lado, un gordito y su hija miran hacia adelante, ausentes. Ocupan todo el banco. Me quedo a un costado, observando. La nena tiene piel delicada pero su estructura ósea es rústica. Y tose. Parece un perro, una combinación de terror. Mirarla asusta. Agita el pelo lacio y opaco como si quisiera sacárselo de encima. Un colectivo se acerca mordiendo el cordón. La nena alerta a su papá. Se levantan con pereza. Ella busca las monedas y me echa un vistazo áspero. Siento que ha olfateado el miedo que me provoca. Suben y se cierra la puerta. Sus ojos se clavan en el vidrio. No me los quita de encima, me reptan hasta que se hacen diminutos y no se distinguen más. Siento ganas de llorar.

El día va rápido arrastrado por el viento hasta que se detiene y me mira. Tiemblan las ventanas y el aullido exterior parece un látigo. La furia se golpea contra los marcos. Esa perturbación intensifica mi malestar. La niebla nos hace invisibles.

El cielo es un vientre al revés, con las ubres hacia adentro. Cada instante incubaba un monstruo. Yo, por ejemplo.

A veces camino hasta el puente viejo. Los demás beben y ríen en círculos. Los abogados con las fiscales, las enfermeras con los clínicos. La baba de unos sobre las lenguas de las otras.

De noche, frente al río Chubut, esa mancha espantosa que se mueve sola, orino. Y me entretengo imaginando el chorro pálido madurando en color sobre la penumbra espesa. Algo de mí se suicida en el río. Mis restos van al mar.

Hoy, una vacunada muerta. Hubo que sacarla por la puerta de atrás. Llegó en camilla. Erizo, la nueva, arrastró su cuerpo sin percatarse de su estado. La dejó ante mí y se fue. Le conversé un rato y sólo gané silencio. La tipa estaba sumida en su eternidad vaya uno a saber desde hace cuánto. Acá nadie tiene buen color, el encierro nos desluce. Le hablé de mí, por fuera del formulario. Soy duro, dije. A veces oscilo, parezco una intención de persona, puedo desear mi final. No comparto tendencia con nadie. Todo para hacerla reaccionar, para golpear su sentido común. Nada. La muerte destruye toda sorpresa lírica. Iguala en idiotéz. La fallecida seguía callada, pero parecía entender. Me sentí libre porque no me cuestionó. Al cabo de una confesión de mi absoluta miseria, se me ocurrió mirarla. La máscara de su cara estaba inerte, ni un poco de calor, labios sin existencia, carne en disgregación. Un gris verdoso le tomaba el cuello y se deslizaba en cámara lenta hacia el torso. No pude tocarla, pero al instante entendí que había estado hablando solo. Ni siquiera supe su nombre. Archivé el legajo. Un no en “¿Respira?” anula el resto del formulario. Me lavé las manos con detalle.

LAS M

Hace dos años que tenemos las M pero perdimos la defensa, el control de los cuerpos. El enemigo, antes de su rendición estratégica, emponzoñó en secreto las aguas, derramando hasta la última gota de nuestro combustible.

Nuestra plana mayor se trasladó para la celebración, ignorando la maniobra sucia. Nadie quería perderse la foto de la supuesta victoria. De este lado, ni un oficial. Los adversarios, esos falsos caballeros, bajaron su bandera, subieron a sus barcos y abandonaron el lugar. Según parece, una extraña inscripción fue descubierta en la plaza principal de la M menor: *Incerto exitu victoriae*. Pero nadie se molestó en entenderla.

Nuestros generales pasaron la noche festejando sin sospechar su destino. Hasta llevaron odaliscas. Ya en la mañana comenzaron los primeros síntomas. Mucosidad, contracción de las pupilas, contrariedades respiratorias, náuseas y babeos. Tras los espasmos, el coma. Las odaliscas se suicidaron en grupo. Deambularon perdidas sobre el hielo con los velos congelados y las panzas al aire. Después, se abismaron en el océano.

Se cuenta que el primer general que presentó síntomas, ya tenía problemas de hígado. Amaneció tendido sobre la mesa principal de la Casa de Gobierno, desnudo y ebrio. Pero sus visiones pronto se revelaron excesivamente extravagantes, incluso para un militar de su rango y paladar. Hablaba con su perro muerto en 1972. Stanley, Stanley, laputaqueteparió. La repetición febril delató su estado. La parálisis le fue subiendo desde los pies hasta la lengua como un goteo al revés. Dicen que los pelos del cuerpo se le dormían igual que flores silvestres recién cortadas.

A veces me entretengo imaginando a los envenenados de las M. Tan parecidos a nosotros, pero cautivos en la cámara frigorífica del destierro oceánico. La victoria les duró un instante. Enseguida, el suicidio de los débiles. Los que aún siguen con vida no llegan a cincuenta. Pero se sabe, quedarán allá para siempre en sus barracones helados. Deformes frente a la bandera de esa victoria deslucida. Les quedó una radio, pero la locura les tomó la lengua, empastó su discurso. Papapapapá. Arengas como detonaciones sin balas. Sin voz los dejamos. Estuvimos de acuerdo en bajar el volumen de las bocinas y no responderles más.

Hasta hace poco, les mandábamos un barco de carga con enseres. Quedaban cajones flotando, llenos de conservas, cerca de la costa corrompida. Nadie quería aventurarse al contagio. Pero hace un año la prensa oficial instaló la idea de suspender la ayuda a los sobrevivientes. Estamos dilatando lo inevitable, dijeron. Y el pueblo les dio la razón. La salud es prioridad, la economía. El sacrificio de unos pocos bien vale el bienestar general. Allá quedaron los héroes apestados y los muertos. Acá, los paladines del bienestar. Un océano en el medio.

Un grupo de mustios en contra del olvido se manifestó en cueros frente a la Gobernación. Fueron detenidos. Para olvidar la contienda, la Junta sugirió evitar las conversaciones y las prendas de color verde. Se quemaron gorras, viseras, cantimploras. Decidieron jibarizar el tema: la inicial devoró a la palabra. Estoy seguro de que ya nadie recuerda a qué refiere la M, exactamente. Es como la B de Juan B. Justo. Un adorno de la fonética.

Los familiares de las víctimas debieron entregar las fotos de los finados, bajo amenaza de multa o cárcel. Se hizo una pira nacional a cielo abierto y cientos de rostros ardieron durante la noche. El firmamento brilló con esas muertes. Menos mal que ganamos dijo papá. Si no, imagínate.

AFIRMATIVAS

Ayer la luna estaba naranja. Y no la vi. Anduve con la vista baja. La mirada en ángulo, sin enfoque, de apuro. Ahora, solamente, solo, con un té que se enfría, miro el cielo vacío. La fiesta se ha retirado del horizonte. La luna ha vuelto al redil. ¿Y si el mundo no existe? Tal vez, es una estrella muerta que vemos con atraso. Este momento es prehistoria. El presente mide cien metros. Abro la boca y se termina.

Planes me llama a su escritorio. Me pregunta si improviso las respuestas. Le miento y digo que no. Entonces me acusa de no distinguir el bien del mal. A mí, que he pasado la vida distinguiendo. No hago otra cosa. Aprendí a provocar variaciones morales de distinto tenor desde chico. Hago silencio sosteniendo su mirada. Me recuerda que fui contratado por recomendación de mi tío. Me amenaza con una suspensión sin goce. No logra conmoverme. Cuando cierro la puerta, lo veo buscando mi expediente con nerviosismo. Sus dedos como manitas de cerdo, duras y torpes, se traban en el archivo. Se le frunce la boca como si fuera una almeja a punto de parir una perla.

Acá en Rawson estamos los privilegiados. Eso dice papá cuando lo visito. La miopía te salvó de la guerra, me repite. Parece que sigue frustrado porque estoy vivo. Hubiera preferido un soldadito muerto a este burócrata de sueldo bajo que lo mira de costado. Cuando empieza con *acá, en Rawson*, no quiere hablar de las M, ni de mí, sino instalar otra conversación. Es el prólogo para criticar a mamá, que nos dejó y se fue. Papá nunca la menciona directamente. Hacemos una pausa. Él toma su ginebra y yo, mi café. La cocina huele mucho. Cuanto más se obstina uno en tapar el olor a sangre, más se siente.

Después de la partida de mamá, yo también me fui de casa. Ya tenía mi vacante en el Anexo. Al verse solo, papá regaló el contenido completo de la biblioteca. No está bien que un carnicero tenga una, dijo. Mejor me enfoco en el negocio. No era una idea original. Según el Manual del Buen Ciudadano, los trabajadores han de mantenerse vírgenes de opinión. El fluir de la conciencia, la libre asociación semántica, son motivo de desconfianza. O de arresto domiciliario. Yo guardé un libro de mamá al que miro cada tanto. El diccionario etimológico es un espécimen extravagante. Un fenómeno de nostalgia. Lo quise porque olía a ella. A tinta

húmeda, a oración fúnebre un poco genital. Busco *Madre* y sus derivados: comadreja, matriz, metrópolis.

Ya empezaron a llegar los primeros datos a la máquina central. Fichas que hay que clasificar como si fueran posavasos. Teodolina supervisa y después se va. Planes nos convoca después de almorzar a la Sala de Juntas. De las mil candidatas, quedaron doscientas. Las ubico en cajas numeradas de color marrón. De las doscientas, por puntajes, debo eliminar a las mayores de cuarenta, a las propensas y a las tibias. A las estériles. Planes es un efectista. De ese modo, dice, llegaremos a las Afirmativas. Las únicas que accederán a otro tipo de vida. No sabemos cuál ni nos importa.

Me escucho el corazón como un reloj neurasténico. La vida se me agolpa en el pecho. Tecleo, clasifico. Pura desinteligencia artificial. Veo mi mano triturando mujeres, tirando fichas a la basura. Desde el tacho parecen reírse de la mano que las fracciona, de la desgracia, de mí. Sigo siendo el afilador.

Sala de reuniones. Teodolina explica que las semifinalistas serán quince. Abandonarán sus cámaras comunes y vivirán en este sector. Evaristo, Erizo y yo seremos los encargados de su mantenimiento y aprendizaje. A cada uno, cinco candidatas. Erizo es la única con conocimientos de enfermería, así que nos conviene exprimirla. Cualquier inconveniente, a ella. Alguna candidata se puede brotar. Se alojarán en una habitación común y tendrán guardia permanente en la puerta. Imagino las quince camitas en un pasillo angosto. El mismo cuerpo reproducido, papel carbónico. Mujeres oscuras o pliegos de carne blanda.

Teodolina habla tan mal que hay que imaginar los faltantes en su sintaxis. Es una gordita con pretensiones. El escote siempre abierto. Uno podría introducir un termómetro ahí y dejarlo firme como un puñal. Mi tío Evaristo no dice nada. Se mantiene distante y aletargado. Con la mirada perdida. Yo tampoco opino. Prefiero estar seguro, antes. Las opiniones no me nacen. Me dan asco. Lanzar por ahí oraciones propias no es para mí. La ambigüedad es una cama caliente.

Nos quedamos en silencio, con la certeza de que no hay nada más que decir, que es mejor no decir nada. Las palabras son aplastadas antes de formarse. Incógnitas que cada uno guardará en su cabeza como si fuera mermelada en un frasco. Después, nos perdemos por el edificio, asqueados de vernos. Pero siempre es

posible escuchar una respiración apurada, el golpe de dos cuerpos contra las puertas de vidrio esmerilado. Manchas que jadean y salpican de semen las instalaciones. Las rutinas administrativas no apagan los contoneos sexuales, el erotismo burocrático. La lengua endulza los expedientes, el pubis grasiento de las secretarias humedece las sillas de cuerina donde se sientan los miembros de la Junta para aceitar sus nalgas. Así las horas se perciben menos insulsas.

El verano pasado pedí tomar mis vacaciones en Buenos Aires. Quería ver a mamá. Me fue concedida una semana. Cuando llegué, los cables y las antenas viejas me generaron una extraña sensación de pérdida. Un susto eléctrico me desbandó el corazón. Además, la basura y el raterío a sus anchas. Caminé hasta el edificio de ella. Una cola de dementes esperaba turno y subía por la escalera hasta su departamento de psiquiatra zonal. Los alienados no me dejaron entrar. No se *cole*, dijo una maniática mal duchada. Sentí miedo. No sé qué me asustó más, si su ira o el error en la conjugación. Volví a Rawson esa misma noche sin ver a mamá. Para no llamar la atención dormí en la playa y no aparecí por el Anexo hasta que fue tiempo de reincorporarme. Esos días fueron los únicos que he vivido libre. Fuera de procedimiento.

Soñé con las M. Que disparaba un fusil y la bala estaba mal. Venía hacia mí perforando el ojo. Me dejaba el hueco sin mirada. Sólo veía el color púrpura que nublabá el mundo. Papá sangre, mamá sangre, Rawson teñida. Ni en sueños sé matar.

Regreso a la dependencia y Planes pide memorándums. Menciona filtraciones imprudentes. Parece un lobo viejo de mar, mal vestido y hediondo. Teodolina entrega un sobre abultado con resultados clínicos. Ahí está la respuesta de la ciencia. Las mujeres con colesterol alto quedaron afuera, aunque hubieran sido ilusionadas por la Tarea. Demasiado bestiales, aceitosas.

A eso de las seis de la tarde, cuando la noche tiñe la vista, las descartadas son subidas a micros de color azul oscuro. La fila de señoritas que no pasó el Test espera frente a cada puerta. Las veo subir. Sus piernas enfundadas en medias de licra transparente. Los mocasines exactos. Una valijita beige. Las luces de los micros se apagan cuando se cierran las puertas. Las caras en penumbra apenas se

distinguen en la ventanilla. Me da por saludar. Cada vehículo que se aleja es mi madre *yendosé*.

Termino de masticar mis verduras con dolor en la mandíbula. Mastico hasta que el zapallito triturado está irreconocible. No quiero lastimar mi estómago, hacerlo trabajar de más. Quiero un abdomen apto. Mientras pulverizo, me detengo en la boca de los demás funcionarios. Gente sola, desamparada de toda vitalidad, que mastica con saña su porción. Mucha carne roja mal digerida. Tragan pedazos groseros que veo atravesar su glotis a gran velocidad. Salvajismo mal disfrazado de funcionario púdico. Dos abogadas con pezones falsos comparan sus piernas por debajo de la mesa. Un semental mal conservado que reparte café se queda de más, entretenido por la juventud de las venenosas. Yo me digo que nunca tocaré a una licenciada. Son sicópatas encubiertas. Algo aprendí de mamá.

Erizo ya tiene contacto con las seleccionadas. Están separadas de nosotros por una falsa pared detrás del comedor. Hoy vi las bandejas rumbo a ese sector. Varias camareras empujaban un gigantesco carro lleno de arroz con pollo. Sus vestidos arios contrastaban con el colorante amarillo sobre las pechugas. Imaginé a las finalistas con dientes de ese color. Recibiendo un último revoloteo de libertad. Aves difuntas sobre el plato, hembras sin futuro. Voluptuosas o reprimidas, sanguinarias y obtusas, pero con deseo de prosperar. Felices con sus marcas en el brazo. La Vacuna se deleitará en su sangre densa, preparándolas para la hermosa misión desconocida. La Junta las aguarda con las garras afiladas y mucha avidez en el cogote.

No logro olvidarlas. En mi dormitorio aparecieron más goteras. La falta de ritmo me perturba. Tic tactac tuctictuc tictic tac. El jarro chiquito es el peor. Machaca con indignación. Hace unos días, un poco de cielo raso cayó a los pies de la cama. La tengo húmeda, aunque la traslade de un lado a otro, según el día. Ahora estoy muy lejos de la mesita. Entre ella y yo, hay un balde. Dejo las pantuflas arriba de la cama, el despertador, las pastillas. Doblo bien las sábanas y la colcha, para que el agua no suba. Con cada deshielo es lo mismo. El formulario de queja que presenté hace más de un mes no ha tenido respuesta.

Jacqueline duerme conmigo. A veces ronca. No puede ir a su almohadón, se inundó. Además, está enferma. Vemos tv juntos. Ella maúlla hasta que aparece una película decente. Le gusta el amor, y los tiros.

PROYECTO VACUNA

Dormí poco, pero soñé con Planes. Su discurso era el sueño: acá deseamos a la mujer perfecta, decía. Un dios femenino que no se impacienta. Un cuerpo exento de especulaciones. No queremos candidas recién nacidas al deseo. Acá nos importa que la mujer tenga pasado. Algo que ha sobrevivido es garantía de perseverancia. La elegida será eterna pero no infinita. La codicia vencerá al tiempo.

Me despierto mal, sobresaltado, y busco la palabra *Deseo* en el diccionario de mamá. Resulta hija de Desidia.

Me encuentro con mi tío Evaristo. Está nervioso. Superado, dice. La misión es grande y él se siente afuera. Quiere estar a la altura, no defraudar al Estado antes de la jubilación. La cara se le va para cualquier lado, elástica. Cada ceja dice algo. Tomamos café y fumamos bien lejos de la puerta. No le doy ánimo. Lo miro como si fuera lluvia. Queda un poco de su baba en el cigarrillo. Parece que fuera a tragárselo de una sola pitada. Es muy parecido a papá, pero más refinado. El poco pelo que le queda resulta inofensivo. Ya ni se intuye el rojo virulento. El olor a res muerta de la familia.

Teodolina es lo contrario. Me perturba. Una especie de estatua de carne dejada a la intemperie. Con las tetas al viento. Erizo es nueva. Aún no la observo. Por si se va, o la echan. No voy a perder tiempo mirando una circunstancia. Pero huele fuerte. Imposible no considerarla. Sus sobacos despiden un tufo amargo. Una guerrita doméstica sucede en esas axilas. Nunca gana el desodorante.

Planes hace entrega de la lista. Las quince mujeres ahora son números. Y nos advierte: nada de familiaridad. Las vacunadas se mantendrán a distancia. La que no llega se descarta sin concesiones ni opinión al respecto. Mis señoras son 13, 5, 9, 4 y 12. Los números en desorden me alteran pero no puedo modificarlos. Tomo doble gragea de ginseng. Llegarán a mi oficina en diez minutos. Me paso por los labios una vaselina blanca que me contagia su nulidad. Así las espero, como un ser sin coloración. Las pondré en fila, frente a sillas numeradas.

Buenas tardes, digo sin mirarlas. Pueden sentarse. Soy Jacinto Cifuentes, encargado de Registro. A partir de hoy, ustedes ya no serán quienes eran. Ahora

son Trece, Cinco, Nueve, Cuatro y Doce. Cada cama con su número. Los objetos personales también.

Hago una pausa. Tomo un sorbo de agua. Les digo que su participación será limitada pero que deben desplegar toda su capacidad para superarse a sí mismas. Que es de vital importancia para ellas aprobar el Test completo. Los lunes me ocuparé de Trece, los martes de Cinco, miércoles de Nueve, jueves, Cuatro y viernes, Doce. El fin de semana será libre dentro de los márgenes del sector. Cada una deberá revertir sus dificultades y conservar intactas las virtudes. La primera que logre los *Catorce Sí* será liberada de la rutina y formará parte de la selección final. ¿Alguna pregunta? Las señoras permanecen inalterables. Comienzo a pensar que no han entendido. ¿Me dieron un grupo de taradas?

Señora Cuatro, comienzo por usted. Hoy es jueves. Póngase de pie, por favor. Me mira con asco. Ha entendido, escucha. Pero no se mueve. Señora Cuatro, póngase de pie. Dice que no puede. ¿No puede o no quiere? Soy parálitica, dice. Y qué hace acá. No sé. Quién le hizo el Test. Una gordita, dice. ¿Y usted le advirtió que no se podía mover? No responde. ¿Le mintió a Teodolina? No, dice, y levanta un brazo. Me muevo de la cintura para arriba. ¿Y cómo entró a la habitación? Me trajo un señor. Discúlpeme, pero usted no puede estar acá. ¿Lo suyo es permanente? No sé, me dice. ¿Nació impedida? No. En ese caso, trabajaremos su postura. Tenemos unos días, aún. Pero siento ganas de eliminarla. Contengasé, me dice.

Media hora después de despacharlas, me introduzco en la oficina de Planes. A esa hora no hay nadie. Reviso mi legajo y leo que mi carácter está en duda. Que he manifestado comportamientos extraños: mutismo, quejas, soledad y risa no solicitada. Busco informes de los demás, no quiero ser el único con problemas. Pero de Teodolina dicen Impecable. Sobre mi tío, resaltan su buena actitud y un Parkinson galopante. Parece que sólo le queda un mes en actividad y luego, el retiro. No sé quién escribe los informes. Me molesta no ser yo. Lo habría hecho por un extra en mi bonificación mensual. Quiero ahorrar para cuando sea libre o viejo. El trabajo es un engaño de juventud.

Extraigo al azar una carpeta del escritorio para leer en el baño. Encuentro cierto interés en inmiscuirme. Hace mucho que nada me genera un atisbo de adrenalina. Desde mis días con Mona, nada me conmueve. Ha pasado mucho tiempo.

Sentado en el inodoro, encuentro notas clasificadas como RIESGO, en las que se informa que miles de expedientes con demandas de toda índole amenazan con derrumbar esta sede. El edificio está excedido de peso. Acá también funciona el Tribunal y conviven más de cien mil expedientes con setecientos reclusos. En el Anexo, están los dormitorios de abogados, doctores estatales y enfermeras provinciales, así como las mujeres seleccionadas para el Proyecto. También cocineros y señoras de la limpieza. Los administrativos dormimos en galpón aparte.

El edificio principal está en peligro por el exceso de papel y la cercanía de alcohol y fumadores compulsivos. Un grupo de empleados reclama a la Cámara que se decrete feriado judicial para trasladar las carpetas. Sin embargo, el director de la Junta, licenciado Alejo Pirez, sostiene que sería una solución tramposa, ya que con la cantidad de causas que se reciben a diario, el inmueble volvería a colapsar. Por el contrario, propone la construcción de un Anexo del Anexo y la contratación de setenta secretarías nuevas para pasar en limpio las demandas recientes y destruir las vencidas.

Del Proyecto, nada. Defeco mientras leo datos absurdos sobre metros de papel despilfarrados o tinta en malas condiciones para máquinas eléctricas. Historias de reclusas recién juzgadas, con la sentencia aún caliente, que retozan con fiscales. Romances entre abogados y ascensoristas, magistrados y verdugos. Disfunciones sexuales presentadas con palabrería tosca.

Me limpio y tiro de la cadena. Cuando salgo del baño para devolver la carpeta, encuentro la puerta de Planes cerrada y voces en el interior. Decido quemar los papeles en el inodoro. Mientras estoy en pleno proceso, escucho que alguien entra. No se puede fumar acá, me reclama con voz gangosa. Me disculpo, pero la voz insiste. Los vicios a Buenos Aires, exige.

Escucho su chorrillo entrecortado, enfermo, abandonando la vejiga como un canal que no termina de concretarse. Nada que ver con el carácter del desconocido,

su orina es una contradicción. Finalmente escucho que se sube el cierre, y un portazo poco civilizado. Las solapas tardan en arder.

CÁPSULAS DE CARNE

Según fuentes no oficiales, algunos ciudadanos destacados están presionando a la Junta para recuperar el poderío naval que se descompone en las M. Los barcos, sin mantenimiento alguno, se están echando a perder en las aguas gélidas del Atlántico. Imagino los cascos de acero como latas vencidas, lentejas con herrumbre. Ganar las M nos dejó solos. Sin ejército, no somos un país sino un riesgo.

Para compensar la escasez ideológica y la falta de recursos, la Junta abandona su impasividad y promueve el día de la Guerra Ganada. Reparten banderines y miniaturas de torpedo para recordar a los héroes. Se sacan fotos con niños contratados, filman avisos propagandistas impostando una prosperidad mal actuada. Pero no convencen salvo a los suyos. No a la demagogia, escupen los extremistas. Traigan con vida a los héroes y recuperen la flota. La Junta dice tener otros propósitos. No sabemos cuáles.

Mientras las demás permanecen encerradas, le propongo a la señora Doce salir al patio. Un rectángulo gris con un árbol seco y dos bancos de material. Parecen seres fallecidos en plena primavera. Un grupo de abogados jóvenes discute y devora una caja de rosquillas. Se quitan la palabra con desesperación, como si fuera un billete. Llevo a Doce hasta el banco más alejado. Tiene treinta años, pero parece menor.

Los ojos son dos aceitunas clavadas en un círculo de masa cruda. Me mira con terror desde ahí.

Contame tu primera relación erótica, le pido. Dice que no la recuerda bien. Y que más no tuvo. Le hago notar que si sólo tuvo sexo una vez debería recordarlo. Ella aparta las aceitunas y levanta la cabeza. Suspira como agotada. Le digo que descanse. Que en un rato vuelvo. La descarto inmediatamente. No quiero que me enrede en su abismo. La veo a Erizo y le hago un gesto de que tengo que ir al baño. Se acerca y le pido que me cubra. Ella se ofrece a acompañar a Doce al dormitorio.

Me quedo detrás del vidrio y asomo un poco el ojo para verlas. Erizo la trata como un sargento. Se ubica muy firme frente a ella y le señala la puerta con rigor castrense. Doce se niega. Erizo, víctima de una especie de agonía hormonal,

la toma del brazo y comienza a tirarle de la manga. Intuyo un deseo de apropiación de mi vacunada. Sin embargo, un bofetón inesperado de Doce la tira al suelo. Contra el prejuicio inicial, siento un breve interés por Doce. Vuelvo a buscarla. Yo me ocupo, le digo a Erizo mientras se levanta. Se va de mala gana.

Extraño a mi hijo, me dice la inmunizada. ¿Qué hijo? ¿No se acuerda de su única relación sexual y se quedó embarazada? Asiente. Eso lo recuerda perfecto. Le pregunto cuántos años tiene su hijo. Veinte, me dice. ¿Lo tuvo a los diez? Me mira con cara de resignación y levanta los hombros, a modo de alegato mudo. No va a poder. Esta vez la descarto. Tacho su nombre con discreción.

Ceno con el tío Evaristo en el comedor común porque está triste. A veces me pide que me quede un rato. Quiere adelantar la jubilación y viajar. Siempre quiso otra vida y ahora siente que no va a poder. Que ha desperdiciado el tiempo. Le echa la culpa al Proyecto, hay mucha chifladura. De pronto, parece que sabe más que yo. Le pregunto, como para hablar de algo. Y entonces, me sorprende. Cápsulas de carne, dice, y mastica su porción de tarta. La aparición de Teodolina con una bandeja frustra la charla. Me quedo mudo de rabia. Evaristo sabe algo y ella trae disparates a la mesa. Se instala en nuestro asunto y nadie continúa la conversación. Ella, por falta de ideas, nosotros para que se vaya. Pero permanecemos los tres ahí, atornillados a la nada que nos devora. Pasan los minutos como presos en fila india.

Regreso a mi dormitorio, frustrado. Un grupo de abogadas embutidas en trajecitos grises ríe junto a la puerta. Parecen hienas domésticas. Me recuerdan a Mona. Me abro paso entre ellas y las espanto como si fueran palomas.

Jacqueline no se ha movido de la cama. Su plato está intacto. Creo que le quedan pocos días. Le traje hígado y no lo quiere. Lo mira como si no conociera el hambre. Ya tiene la distancia de quien está por partir. La mirada ausente es el primer síntoma. Me acuesto junto a ella, respirando a la par. Parecemos una pareja de amantes gastados.

Prendo la radio. Uno de los miembros de la Junta ha sufrido un accidente cerebral. Se desconocen los motivos. Pero escuchando la noticia no puedo dejar de imaginar que la suya es una especie de enfermedad reflejo. Que la maldición de las M ha logrado atravesar las aguas. Que todos terminaremos igual: limitados

en nuestras funciones intelectuales por contagio de la Historia y sus reveses perversos.

Sueño con Mona. Siempre que sueño con ella creo que la vuelvo a querer. Pero es mentira. A medida que la jornada avanza, la olvido. Es una mujer nocturna, un búho. De día no funciona.

Esta mañana, Planes me llama urgente a su escritorio. Tiene una mala noticia que darme. ¿Necesita un rodeo o voy a tema?, me dice. Vaya, le respondo. Me informa que mi tío se descompuso. Dónde está, pregunto. Lo enterramos hace un rato. ¿Cómo? Dice que una aspirina perforó su limitada salud gástrica en cuestión de segundos. Que sucedió a eso de las once. A las tres de la madrugada, Evaristo entró en una descomposición inquietante. Su fin se aceleró en cada centímetro de materia. A las cinco y media, el olor era insoportable. Temieron un contagio. Le pregunto dónde lo enterraron. En el patio 6, me dice. No hubo tiempo de llegar al campito. Aprovecharon un cambio de baldosas junto al buzón de sugerencias. Ahí encontraré a mi tío. Están sus iniciales. Teodolina me entregará las pertenencias. Estoy perplejo. Planes suelta su discurso. Un gran interino se nos fue. Tómese el día. Beba algo a su salud. Y me extiende un billete. Cuando Teodolina aparece, él le pide que me acompañe a retirar los objetos personales de Evaristo. Hay que seguir, intenta decir ella. Pero se equivoca. El mundo no se detiene. Sólo es cuestión de orden ver quién se retira primero. Teodolina me clava un poco las uñas al darme su brazo, obligándome a salir.

Sobre el escritorio de mi tío hay una caja sellada con su nombre. Para dar la sensación de un poco de seriedad a este asunto tan incomprensible, han cruzado firmas sobre la cinta adhesiva. No quiero decir nada. Ni una palabra se insinúa en mi boca. Tomo la caja y me encamino al dormitorio. Siento asco. Las cápsulas de carne son un misterio. No dejo de relacionarlas con la muerte inesperada de Evaristo. Tal vez, Teodolina nos estuvo escuchando. Seguro que es la informante.

Tengo que anunciarle a papá la muerte de su hermano.

SEDUCIR O REDUCIR

El patio 6 resulta bastante más cómodo de lo que supuse. Está recién acondicionado, han colocado bancos nuevos. Papá llega temprano con un paquete de carne. Como siempre, se niega a aceptar que soy vegetariano. Le rehúso el regalo. Hasta las uñas tiene de color bordó, a juego con sus víctimas. Le miro las manos oscuras y torpes. Se ha puesto el traje de cuadros, como cada vez que tiene que salir y dejar el delantal. Se colocó una cinta negra sobre la manga. Su duelo me resulta demasiado extravagante. Lo saludo con un apretón y él camina a grandes pasos hasta la baldosa donde está el muerto.

Mona aparece con flores, vestida de secretaria. No sé qué hacer. No puedo enfrentarla. ¿Por qué le avisó papá? Me hago el distraído al verla y giro sobre mis talones. Desaparezco por la primera puerta. Me agito. Casi me ahogo. Está bella y delgada. Pero su trajecito me molesta. Parece disfrazada. Ni una teta. Desde la ventana del primer piso los observo. Han puesto las lilas sobre la baldosa equivocada. Ella levanta la vista y me descubre. Sonríe. Le hago un gesto con la mano que no llega a ser saludo y me toco la cabeza.

Se sientan en el banco. Tendré que bajar, hacerme el conmovido. Demoro los pies en la escalera. Casi me caigo. Los metros se devoran a sí mismos, el espacio compite con el tiempo. Deben pensar que me perdí. Y tienen razón. Cuando por fin me acerco, hago esfuerzos para no tocarla, pero ella me gana y me besa. Su besito me perfora la mejilla como un agujón. Huele a sexo mal bañado.

Me siento en la obligación de invitarlos a almorzar, así que vamos al bodegón que está a la vuelta. Hacen descuento a los empleados estatales. Nunca voy. Detesto cruzarme con el resto.

La presencia de Mona resulta más perturbadora que la muerte de mi tío. Nos sentamos en una mesa renga. Ella festeja el desequilibrio. Papá le pide al mozo que le guarde su paquete de carne en la heladera para que no se ponga feo. Siento ganas de correr, pero sigo acá. Estás distinto, dice ella sin mirarme. Seguro que para mal. Me siento pésimo al escucharla. Hace mucho que no salgo, le digo. El mundo me aburre. Papá llama al mozo de nuevo, ahora con un silbido y pide un bife a caballo, jugoso. Cuando dice jugoso, me mira. Mona se inclina como

la mesa. Quiere raviolos con estofado. Papá se hace el humorista y me pregunta si sigo comiendo plantas. Alguien tiene que compensar tanta barbarie, le contesto.

Nadie tiene un comentario que traer a la mesa y mantenemos ocupada la boca para que no se note, picoteando pan como gorriones. Pregunto por Leopoldo. Mona me informa que lo van a nombrar, que asciende. Entonces papá pide a los gritos un vino bueno. Para festejar. Mona lo frena. Evaristo aún está caliente. Yo la contradigo. ¡Brindemos! Leopoldo lo vale. ¡Con todo lo que hizo para trepar! Pido tres copas y levanto tanto la voz que me desconozco. Mona pone su cara de siempre. Frunce la boca, con ese asco que tantas veces contemplé furioso. Labios que quise y ahora detesto. Nos dice que Leopoldo asume este viernes en el sector A. Que estamos invitados al evento. Yo no voy a poder, casi escupo. Papá está exaltado. Quién lo iba a imaginar, ¡un Cifuentes en la Junta! Yo también conseguí el ingreso al Estado, dice Mona. Estaré en el Anexo del Anexo. Qué bien, la interrumpo. Ya sos alguien.

Aparecen la comida y el vino. El mozo pone el bife de papá en mi lugar. Contraigo levemente la lengua. Papá ensaliva mucho y dice la carnecita es para mí. Levanto mi copa por el ascenso de Leopoldo. Propongo no llorar la muerte de Evaristo. Otra muerte inútil y fuera de todo pronóstico. No parecen entender la ironía. Mona deja el tenedor en la mesa. Yo me levanto, intempestivo. Papá levanta su copa. Un hilo de sangre le mancha los dientes. Tiro un billete sobre la mesa y me esfumo sin saludar. Me gusta pensar que los dejo picando como una pelotita que pierde acidez, un rebote que se apaga y anula. Siento sus ojos en mi espalda.

La voz de Erizo antecede a Trece. Tiene unos ojos preciosos, Trece. Intensos. De los que asustan. Sin final. Por fin le toca a usted, le digo intentando cierta cordialidad. Luego le pido que se siente. Ella mira con desinterés, se acomoda el pelo detrás de la oreja, suspira. ¿Usted es médico?, me pregunta. Le digo que no, que soy secretario. Ella dice que quiere ver como mínimo a un licenciado. Que no lo tome a mal. Pero ella es catedrática. Se niega a colaborar, le pregunto. La Junta establece las jerarquías. Si no adhiere al Proyecto, puede ser amonestada. Prefiero la soledad, me contesta.

Trece mira hacia la pared, pero veo sus lágrimas colmando las cuencas. Se precipitan por las mejillas en un desborde salino. Dice que no quiere ser seleccionada porque desconfía. Le digo que nadie va a lastimarla. Que ni siquiera tenemos claro en qué consiste el Proyecto. Ella sonrío. Y entonces dice una frase inquietante. Seremos víctimas de un experimento terrible. Intento saber quién le habló de eso. Dice que no puede dormir desde entonces. Le pregunto qué escuchó. Me cuenta que un señor hablaba por teléfono con alguien, confiado en que ella no podría oírlo. Pero entendió con claridad que las mujeres serían usadas, que las iban a seducir para consumo de la Junta. ¿Seducir o reducir?, le digo. Teodolina golpea la puerta y no espera. Se introduce en mi oficina. Le pido que espere afuera. Ahora soy yo el que se queda sin tiempo. La empujo un poco, hasta que logro sacarla. Cierro con llave.

Le susurro a Trece: qué más. Pero no dice nada. Especula. La situación es tensa. ¿Qué son las cápsulas?, le digo. Se levanta sin responder y se acomoda el vestido. Tengo miedo de no verla más. No quiero perderla, que piense mal de mí. Intento besarla. Ella me empuja. Qué hace, está loco. Abre la puerta y se aleja, con Teodolina pisándole los talones. Me quedo leyendo su informe. Treinta y cuatro años, divorciada, profesora de geografía, buenas condiciones de fertilidad, insomne.

Me voy al comedor para estar cerca de Trece. Temo por ella. Y por mí. Pero no la encuentro. En su lugar, Erizo me hace señas para que me siente a su lado. Está feliz frente a una porción de strudell. Dice que está desencantada con sus señoras, que son todas un desastre. Muy sucias. Salvo una. Virgen, decente, callada. Una momia, le digo. Erizo se atraganta de la risa y tose. Se pone colorada. Me hace gestos para que la golpee. Me pongo nervioso y le doy una cachetada. No era eso lo que esperaba. Una abogadita corre hacia nosotros y le da un golpe certero en la espalda. ¿Sos idiota?, me acusa con el dedo. Cómo le vas a pegar así. No te abro un sumario porque estoy en mi día libre. Le digo que haga lo que quiera. ¿Nombre y sector?, intenta. Erizo tose y ninguno mueve un músculo. La abogadita abre su cartera y yo me retiro sin mirarla.

Estimado Señor Jacinto Cifuentes:

Informamos a usted por medio de esta vía, que el próximo viernes 28 del corriente, asumirá como miembro plenipotenciario de esta Junta, el Licenciado en Economía Don Leopoldo Cifuentes.

Como trabajador de este organismo, queda Ud. formalmente invitado al evento, que tendrá lugar en el Pabellón A, del edificio Central.

Así mismo, le notificamos que, en un plazo de dos días, tiene usted la posibilidad de hacer un depósito en la Caja de ahorros de Don Leopoldo, n° 122.356, a modo de presente. Si así lo hiciera, no olvide indicar al Tesorero, su nombre, apellidos, así como su número de legajo personal. El gesto será bien recibido y tendrá consecuencias favorables.

Una ausencia no justificada al Acto de Asunción motivará la aplicación de la amonestación adecuada a su falta (cat. C 1).

Sin otro particular, lo saluda atte.

Don Alejo Pirez

Ginecólogo y Director de la Junta

Se me hace un nudo en el abdomen. Tomo un fernet para desenredarlo, pero siento escalofríos en todo el cuerpo. Festejar a Leopoldo es un insulto. Mi hostilidad hacia la Junta se ramifica. El Estado interfiere de más. No hay intimidad posible, el rencor privado está prohibido. Hace años que no nos hablamos, mi hermano y yo. Imaginar su cara triunfal de licenciado, y los aplausos, me provoca un deseo incontrolable de suicidio para mí, de un mal incurable para él.

Temo por las candidatas y fantaseo con sus cabezas como grageas blandas. La sonrisa petrificada detrás del plástico diluyéndose en la boca de Leopoldo y sus burócratas de la incultura. Una candidata en cada lengua.

La idea me calienta y dedico el atardecer a una actividad que consideraba olvidada. Agitar la verga como si fuera un poste de teléfono: bombeo irracional de esperma. Atracción idiota hacia mí mismo. Ocupado. Mis dos cabezas se quedan en blanco. Siglos sin afecto. Las mujeres son ilusoria felicidad, un licor, el paréntesis que nos impone el silencio. Ninfátulas ennegrecidas como este atardecer frío. Sólo siento el giro obsesivo del presente y el latido de este orgasmo

triste, de tanta oscuridad. Limpio el semen con la sábana sucia de hoy. De mañana.

Recuerdo el paquete que trajo papá. Y en lugar de un peceto, concibo a Leopoldo envuelto, cortado en fetas. A pesar de todo, risita. Con esa idiotez tan suya. Rictus de funcionario de alto rango, curvo y mentiroso. Imagino que Mona lo sirve en un plato de madera con un tenedor inmenso, mientras intenta tocarme por debajo de la mesa. Entonces, buscar su hueco, estirarme sin dejar la posición de sentado. Pegarle un golpe ahí, con la punta del zapato.

Un maullido me saca de la visión negra y me trae a la noche verdadera. Jacqueline no puede respirar. Me tropiezo con el miedo y cargo su cuerpo en brazos. Salgo corriendo del dormitorio hacia la guardia de planta baja. No la quieren atender. No somos veterinarios, dicen. Agarro a un enfermero del cogote y lo obligo a ayudarla. El otro sale corriendo para denunciarme. Jacqueline aspira el oxígeno y me mira, silenciosa. Nadie con esos ojos. Pupilas dulces, santa desde ahí. Sin pensamiento.

Entonces vuelvo a despertar como en un juego de espejos. Jacqueline no respira. Su cuerpo ha muerto mientras yo soñaba. La salvación es mentira. Resisto dos horas sin hacer nada. A las tres de la mañana, decido llevarla al patio 6. Tomo un par de herramientas y una linterna. Levanto la baldosa que está junto a mi tío y cavo un poco, la deposito ahí. Un llanto incontrolable me toma del cuero. Me derrumbo frente a mi gata como si fuera la última oportunidad. Entierro el último vestigio de bondad que me quedaba vivo. Vuelvo a poner la baldosa en su lugar.

El mundo se revela a mi alrededor como una montaña asquerosa. Entonces, la creencia de no ser más que la pata de un ciempiés. Un miembro imbécil que ayuda al movimiento. No vuelvo a dormir, imposible cerrar los ojos. Me ducho sin un gesto y tomo un café tibio, como yo. La pasión ya no sirve.

EL OTRO CIFUENTES

La primera vez que tuve sexo con Mona fue en la carnicería de papá. Los viernes, su mamá compraba carne para la parrilla y ella esperaba en el auto. Nos cruzábamos a la tarde, cuando yo volvía de mis clases. Una mañana sentí un golpecito en el vidrio. Era Mona. Todavía estaba oscuro. Abrí la puerta del local. Hacía tanto frío que confundí el temblor de mi excitación con los tres grados bajo cero. Entró sin decir nada. Colgó su tanga en un gancho de carne y se tiró sobre la mesada. Apartó los cuchillos. Abrió las piernas. Sus muslos eran hermosos. La pelambre rubia. Parecía una vaquilla sana. La giré sin pensar y se fue resbalando hasta encajarse en mi verga. El mostrador se llenó de leche.

En esa época, Leopoldo estaba internado en el pabellón de estudiantes de Ingeniería, del otro lado del río. No venía nunca. Le daba vergüenza ser hijo de un carnicero y una psicóloga desplazada. Cuando terminó primer año vino a pasar el verano. Enseguida imaginé que iba a intentar conquistar a Mona. Una mañana, mientras acomodaba el perejil, encontré la tanga de ella. No había estado conmigo.

Al terminar el verano, Leopoldo la dejó. Así, todos los años. Era mi novia hasta que llegaba él. Un día mi hermano se recibió y la pidió en casamiento. La vaca dijo sí. Entregó sus tetitas al progreso.

Cinco llega temprano, sonriente. Está ansiosa, dice. Se sienta muy derecha, con las piernas levemente separadas. Una ausencia vergonzosa de ropa interior se insinúa en su entrepierna velluda. Dejo de mirarla para que entienda que es inútil. Sus manejos no van a servir. Después, la imagino encapsulada. Y me digo que sí. Puede ser ella. Si quiere participar, que sea. 26 años. Duerme bien. No tiene miedo a nada. Le sonrío y afirmo sobre mi máquina de escribir que es la idónea. Cómo venís de higiene, le pregunto. Propone sacarse la ropa para que lo compruebe yo mismo. Se saca los zapatos y muy lentamente se despoja de medias, falda, camisa. Me mira desnuda y siento ganas de abofetearla. Pero me acerco. Levante los bracitos, le digo. Voy a olerla. Tiene las axilas peludas y un par de gotas empastadas en talco. Paso el dedo como si fuera un mueble lleno de polvo y le muestro. Esto no sirve, Cinco. Así no. Me mira con desolación mientras se viste. Mi hostilidad se transforma en inquina. Le olisqueo la camisa. Parezco un perro narcotizado. Le digo que puede irse. Que va muy bien. Estará

entre las finalistas. Ella duda y después, palmorea como un payaso. Se abalanza sobre mi escritorio. Quiere besarme pero la sorteo. Cuando se va, uso el sello de los Sí. La mando al muere.

Grandes titulares en el diario oficial. Un batallón completo ha dejado de respirar. Sin fotos. Duelo nacional. Suspenso la entrevista de la señora 9. No tengo ánimo para verla. Decido correr el encuentro para el día siguiente. Eso altera mi lista de entrevistas, pero pongo de excusa el evento en las M. El estómago me vibra. Parece un timbre. Cuando un órgano se desentiende de su función avanza con la anarquía del que perdió sentido. Mi excitación es transitoria. Mañana vuelvo a la normalidad, me digo. Sé que miento. Decido no estancarme, salir. Necesito un traje. No puedo aparecer como un administrativo vetusto, sin rango.

El sastre no me recuerda. Hace años que no lo visito. Parece que encogí un talle. Revisa mi legajo y viene hacia mí con una tiza. Escucho una voz detrás de los probadores. Es Leopoldo, su tonito desagradable. Pide un pantalón de alpaca. El sastre sale corriendo y me obliga a levantar los brazos. Parezco un cristo de madera. Siento terror. Le digo al ayudante que tengo un asunto y me quito el saco de prueba. Me clavo los alfileres de la manga. Un surco de sangre me mancha la camisa. Salgo hacia la calle, alterado. Me llamo a cordura. Esfuerzo salvaje por alcanzarla. Mi sensatez parece correr desbocada hacia un barranco. Frente al río me calmo, el fluir rítmico del agua arrastra mi desesperación como roña que flota y se libera.

El pabellón A del edificio central huele a desinfectante a pesar del perfume de las señoras. O por eso mismo. Han prendido todas las lamparitas. La Junta no ahorra para celebrarse a sí misma.

Me han asignado una mesa próxima a los baños. Desde acá, varias cabezas se interponen y no logro ver todo el salón, pero intuyo una mesa especial para las autoridades. Lo que sí veo es una gigantografía con la cara de mi hermano en blanco y negro. Lo muestra cobarde en toda su extensión. Unos dos metros cuadrados. Leopoldo se ha blanqueado los dientes. O se ha puesto unos nuevos. Sus filosos dientitos de rata han desaparecido.

Teodolina comparte la mesa conmigo, se ha acicalado como una dama de honor de pueblo. Escote generoso y sandalitas. Se sienta en una silla frente a mí

y enseguida comienza a masticar lo que encuentra en la panera. Parece que nos han condenado por sector. Deberé soportar a mis compañeros de rutina. Planes se ha duchado y tiene el pelo húmedo. Las orejas ocupan gran parte de su cabeza. Está más brillante que nunca. Parece una foca. Erizo, envuelta en un abrigo peludo como sus brazos, se ubica a mi derecha. Agobiado por la proximidad, me levanto con la excusa del cigarrillo.

Salgo al patio interno y la veo a Mona del brazo de papá. No puede disimular su condición aunque intente aparentar elegancia. El vestido la pone en evidencia, se le marcan los pezones. Giro sobre mis pies y me topo con la señora Trece. Qué hace acá, le digo con cierto escándalo. Responde que la obligaron a venir. Dice que su exmarido lo dispuso. Le gusta humillarla en público. Le pregunto quién es. Pirez, dice, el canalla que preside la Junta. Me quedo desconcertado. Trece está temblando. Mona nos ha clavado su mirada y entonces, tomo a la señora de la cintura. Me dice que está con escolta, y señala a una enfermera interminable que tampoco deja de mirarnos, a pocos centímetros. Una especie de montículo celeste y pelo cortado a cuchillo. Le pregunto a Trece en qué mesa la pusieron. Responde que en ninguna. No va a cenar. Solo tiene que contemplar el espectáculo. El Ginecólogo carece de originalidad, dice. Es un marrano.

Un barullo falso anticipa la entrada de las autoridades. La enfermera toma de la muñeca a la señora Trece y la lleva a un costado del escenario. Una voz engolada anuncia por altavoces: Señoras y señores, con ustedes, los miembros de la Junta.

La concurrencia aplaude. Pirez y el Comisario hacen su ingreso por el pasillo principal. Suben cada uno por una escalera. Parecen coristas grises y envejecidas, obligadas a entretener a la tropa. Trece se mantiene inalterable en primera fila. Pirez la mira con odio y le hace un gesto a la enfermera para que la obligue a aplaudir, pero no puede. Trece aprieta los puños. El Ginecólogo levanta los brazos hacia ambos costados, con las manos entrelazadas como un boxeador de pueblo. El Policía taconeá y se acomoda la pistola. Yo aprovecho la algarabía para huir.

Camino por los pabellones sin rumbo, me pierdo en los patios. Las voces y los palmoteos son absorbidos por el ruido de mi propia respiración. De a poco,

el silencio. La oscuridad intacta de la noche. Cuando estoy por llegar al ascensor, veo a la abogadita del altercado adentro. Un canoso le saca un dedo por debajo de la falda. Ella se lo chupa. No me ven. Me quedo a saludar. Buenas noches, digo, y el tipo gira. Tardo en reconocer su cara. Es Leopoldo. La fiesta es para el otro lado, me dice sonriendo. Me quiere dar un apretón de manos, pero oculto mi mano en un bolsillo. Estás hecho un pibe, agrega. La abogadita intenta una sonrisa. No le sale.

Desando con ellos el camino hacia el salón principal sin decir una palabra. Leopoldo repasa en voz baja su discurso como si no estuviéramos. Cuando llegamos al salón, me adelanto y ellos se separan. Él se dirige hacia una puerta donde es recibido con formalidad por un secretario. Ella se ubica en su mesa. Yo no sé qué hacer. Pero me quedo.

La disertación de Leopoldo está plagada de gerundios. Asumiendo, festejando, sustituyendo. El Ingeniero al que reemplaza ya no entiende de qué se trata la Junta, su cuerpo, el mundo. Sufre una especie de desvarío incómodo que lo ha dejado paralizado a medias. Leopoldo lo nombra y entonces, es subido por una rampa en silla ortopédica. Dos enfermeros mellizos le secan el sudor y lo hidratan. Al cabo de varios agradecimientos, mi hermano solicita que levantemos las copas. Tras el brindis, el enigma se resuelve.

La ganadora del Proyecto Vacuna viajará a las M, secundada por dos finalistas. Los treinta infectados las esperan. Nunca los olvidamos, mienten. Hemos logrado una Vacuna que es un escudo de protección masivo. Pero no sólo reanimaremos clínicamente a los sobrevivientes. Nuestra cruzada es moral: hace meses que viven sin hembras. Sodomizados, no son un buen ejemplo para la patria. Las seleccionadas vivirán con los héroes en los barracones hasta quedar preñadas. Las M resurgirán y de ellas nacerán niños sanos. Gracias a las hembras reconquistaremos el mito de nuestro más preciado pedazo de tierra

El público aplaude de pie en éxtasis patriótico, mientras la señora Trece esquivo con rabia a la corpulenta que la vigila, sube hasta el micrófono y empuja a Leopoldo sobre el parapléjico. Buenas noches, dice. Soy una de las vacas que irá al matadero. Antes de ser entregada, les ofrezco una prueba de mi talento. He aquí mi leche, cuajo impuro del que Pirez no probó una gota.

Con el vestido desabrochado, Trece es detenida por un puñado de enfermeras que en la batalla pierde sus cofias. El Ingeniero gagá es retirado del escenario a toda velocidad. Pirez se disculpa con un hilo de voz. El Comisario desenfunda y gira sobre sus talones. Leopoldo se recompone, consuela a Pirez, aquieta al Policía y cuando está por justificar la actitud de Trece, alguien por altavoces anuncia la llegada del primer plato. Mollejititas caramelizadas con batata grillé.

Vuelve la calma.

Frente a mi plato, pienso en los hijos bobos que nacerán en las M. En el incesto como estrategia demográfica. Bebo de más.

Prefiero olvidar la noche. Sólo decir que, a eso de las dos, encontré a Trece. La habían anestesiado y estaba sola en Enfermería. Con los ojos cerrados, no puede ocultar que es una mujer vulnerable. La piel tan transparente marca en sus brazos un plano cruzado por venas como ríos oscuros. Le acaricié el pelo. Ahora su olor persiste en los dedos, la sensación de ella entre las uñas. Aunque no sepa su nombre. Me paso los dedos por el vello, me la froto. Eyaculo a Trece. Vuelvo a mi habitación. Pienso en los muertos. En lugar de contar ovejas, sumo cadáveres. Así me duermo. Las víctimas me calman.

Al despertar, encuentro un sobre bajo la puerta. Carta de mamá. Caliento la pava dilatando el momento de levantarla del suelo. Mamá en el piso, espera. Repaso levemente mi vida. Mientras mi padre se interesaba por la carne, ella se ocupaba de los sesos. Ya estaba casada cuando comenzó a estudiar psicología a distancia. Él usaba cuchillos, ella palabras. Leopoldo era el ecónomo. Estudiaba por avaricia. Yo nunca tuve paciencia. Quería irme de casa como fuera, sin recursos ni conocimiento. El silencio en la cena era más intenso que los pedazos de carne asada que servía papá. Mamá nunca puso un pie en la cocina ni acomodó un plato en la mesa. Teníamos muchacha. Una pelirroja que pasaba el trapo de piso desde el local hasta el fondo. Evangelina traía la muerte por el suelo, justo hasta mi dormitorio. Lavandina un poco manchada, casi bordó. Con olor a cerdo, a pollo. El miedo construyó esta especie de sordina que me empantana.

Levanto el ánimo para leer. Rompo el sobre. Y como siempre, me sorprende. Mamá se muda a Rawson. La tendremos por acá. Ha sido tentada por Leopoldo

para dirigir un nuevo departamento. El de Psicología Vacuna. En mi dormitorio, pienso en los miembros de mi familia. Relámpagos que cayeron por ahí, como troncos que se llevó el río. Mona, mi madre, el mundo. Un flotario sin tiempo. vergüenza de estar vivo sin tener para quién.

Paso la noche en la baldosa de Jacqueline, pensando en Trece. Al amanecer, decido que iré a buscar a mi madre a la terminal. Llega mañana y quiero estar. Cada minuto es una invitación a lo nuevo. Problema mío si dejo que se diluya la vida en la flojera del pesimismo de siempre.

Al llegar a la oficina, me entero de la novedad. Nueve huyó en la noche. Una patrulla la busca. Decido modificar la rutina y ver a Trece. La llamo por altavoces. Señora Trece, se solicita su presencia en la oficina 40, sector Vacuna. Enseguida, aparece Teodolina con cara de curiosidad y me pregunta por qué cambio el orden de las señoras. Después de Nueve viene Cuatro y luego Cinco. No Trece. Le digo que Cuatro presenta dificultades motoras, que está casi descartada y que Cinco ya obtuvo los Catorce sí. Además, hoy es lunes. Relajesé, Cifuentes, me palmea. Trece sufrió una crisis de nervios y aún permanece monitoreada en Enfermería. En cuanto al resto, con Planes no tenemos dudas. Nos gusta Cuatro. Una discapacitada suma.

Le doy razón para que me dé permiso. Tengo que ir a la terminal, le digo. Hoy llega mi madre. Estoy al tanto, responde. La señora mamá del licenciado Leopoldo Cifuentes es una mujer muy importante. Le están acondicionando una oficina. Vaya nomás.

No la veo. Bajaron todos del micro y ella, no. Hay una viejita que quedó sola. Pero no puede ser mamá, no ha pasado tanto tiempo. Igual me acerco. No es. Le pregunto si tiene hora, para disimular. No escucha. Me saluda y me da su valija. Debe pensar que vine a buscarla, que soy otro. Intento decirle que se equivoca, pero ya me tiene agarrado del brazo y comienza a avanzar hacia la salida sin prestarme atención. Se la ve feliz aunque camine despacio. No sé qué hacer con ella. Le digo que ya vuelvo, que necesito ir al baño. Y se queda desconcertada viéndome correr. Me encierro y luego espío. La vieja se está inquietando. Viene hacia mí con la determinación de una tortuga. Cierro con traba. Ya está por abrir

cuando la voz de un muchacho dice Abuela y la intercepta. Espío por un ventanuco. El pibe le da un beso. Ella mira hacia acá, confundida.

No quiere irse con el nieto verdadero. Supone que es falso. Después de un breve tironeo, una mujer de mediana edad la llama desde un taxi. El nieto logra convencer a la vieja y ella señala el baño. Me palpita el corazón, me siento en falta. Entonces la veo a mamá, saliendo del baño de damas. No puedo abandonar mi escondite y quedar en evidencia. La vieja no se va. Ahora es el nieto el que quiere venir a buscarme. En eso, lo veo a Leopoldo bajando de un auto oficial, impecable. Abraza a mamá, le abre la puerta del auto, sube atrás, se pierden en la avenida.

La vieja ya no está. Pero no me animo a salir. Me siento pésimo. Le importo más a una desconocida que a mi propia madre. No esperó por mí. No dijo nada de mi ausencia. Es la misma de siempre.

HEMBRAS POR LA PATRIA

Se hizo pública la noticia del Proyecto. Y Leopoldo sonríe desde su traje de alpaca. Es tapa en los diarios. La Junta se renueva, tiene ideas de avanzada. Mujeres salvarán al ejército. Una corbeta, la única que quedó en condiciones, se apresta en el Puerto. Las mejores hembras, vacunadas contra todo mal, se preparan para hacer una revolución farmacéutica. Carne nueva. La patria va a levantarse de los escombros. Se anuncia una colecta de agua, remedios, ropa de bebé, leche en polvo, papillas y cunas. La población teje escarpines. Seremos sanos y salvos. Jóvenes, otra vez. Frente al anuncio, contra todo pronóstico, varias jovencitas se lanzan a las calles. Se ofrecen frente a la Casa de Gobierno. Hemos sido excluidas, vociferan. Hay preferencias. Encadenadas, exigen ser tenidas en cuenta. Somos aptas, gritan. No nos dejen afuera.

Planes convoca a reunión urgente. Erizo cierra la puerta. El aire está cargado. Sus axilas apestan. Moriremos aquí si la reunión se prolonga. Planes se planta frente al pizarrón. Toma un marcador y hace un círculo. Escribe: La Junta ha decidido abrir una inscripción pública. Hace una pausa. Nos mira. Se fingirá evaluar a las nuevas, aclara. Las candidaturas se entregarán a primera hora de mañana y, una vez completadas, serán puestas en los buzones de correo. Como no hay tiempo de entrevistas, tras su recolección, se elegirá por sorteo a la afortunada. Teodolina extraerá con los ojos cerrados la solicitud ganadora. Ella interrumpe para agradecer el Honor. Pero Planes la silencia nervioso, exige discreción. Todo sigue como estaba previsto, dice, salvo por la incorporación de la Candidata del Pueblo, la mártir desconocida. La vacunaremos, explica, y la encontraremos apta, más allá de sus condiciones reales. Si no sobrevive, cosa muy probable, será elevada a Ciudadana Ilustre por Decreto. Y enterrada en las M. Punto. Respiro aliviado. El imprevisto puede salvar a Trece. Termina la reunión. Salgo a caminar en mi hora de almuerzo. Sé lo que tengo que hacer.

Desde una cabina alejada, telefono. Necesito denunciar un acomodo, digo. Quién habla. Eso no importa.

A eso de las seis, prendo la radio. Una mujer excitada revela que hay irregularidades en la selección de Hembras por la Patria. Piden que se excluya del Proyecto a la señora Trece. Su verdadero nombre es Lucero Arrieta, ex de Pirez,

miembro de la Junta. Les parece poco ético que ocupe un lugar en el barco, no debería haber vinculación entre las elegidas y los funcionarios del gobierno. Apago la radio. Digo ese nombre hasta que me duele la garganta. Lucero.

Después de cenar, oigo un ruido en el pasillo. Un movimiento que parece un deletreo de palabras. La voz de mamá golpea la puerta. Jacinto, dice. Soy yo. Cierro los ojos como si estuviera dormido. La voz de ella se echa hacia atrás, desanda el pasillo. Abro la puerta. Mamá, le grito. Pero es una secretaria la que gira y vuelve. Le traigo un papelito, me dice. Sonríe. Cierro la puerta sin darle las gracias.

Lucero dice con letra apretada que me espera mañana al atardecer en la pileta municipal. Y me suplica: no me llame Trece. Guardo el papelito en el diccionario. Así no lo pierdo. Queda sobre la palabra Monja, que me pone mal.

Toda la noche con mi casa carnicera en la memoria. Cajones con pollos apilados, la sierra encendida. El recuerdo de Mona sobre la mesa de mármol, y de Leopoldo con los pantalones puestos y la pija sólida como una salchicha a la mitad. El orgasmo y la muerte. Dos horrores en un mismo lugar, con minutos de diferencia. Papá lleno de grasa, colando la pella. Evangelina con la sartén colmada de chicharrones.

Era difícil estudiar Bienes, derechos y obligaciones en ese degolladero. Aislado en mi habitación, repetía: el dinero en metálico es un Bien mientras esté en mi poder y no lo intercambie. Pero escuchaba a mamá. La paleta tiene mucho nervio, te dije mil veces que prefiero nalga. Y a papá. La nalga es para la venta.

Reprobé varias veces el mismo examen. Me quedaba en blanco. Sobre la prueba veía cifras como ganglios y sebo. Ahora, el tiempo me los trae de vuelta. Las pesadillas suceden a cualquier hora. Sobre todo, despierto.

Lucero en una reposera de mimbre al borde de la pileta. Nunca vi a una mujer así. Se parece a mis fantasías de adolescente. Bella, oscura, reservada. Anteojos de carey. En lugar de ojotas, unas sandalias abiertas de taco chino. Malla entera verde oscuro. Tan distinta a las otras. Putas o mansas, pero de nombres sencillos con olor a café con leche. El reflejo del agua sobre sus muslos la hace parecer en movimiento. No sonrío. No me ve. Está dormida.

En remojo, un grupo de ancianos estira los músculos. O lo que queda de ellos. Parecen pescados pálidos en una cacerola de cloro. Los flotadores están tan desteñidos como sus cuerpos. Hace mucho calor. Se me empañan los anteojos. Un bañero me intercepta con un golpe de silbato. Me dice que no puedo entrar vestido. Que me quite los mocasines y las medias. Arremango mis pantalones. Lucero me mira con la boca arqueada. Parece un actor cómico. Eso me dice en cuanto me acerco. No hola, cómo le va. Le respondo que soy alérgico al cloro y que la espero en la cafetería. Salgo rápido, respiro mal. Igual que mi gata muerta.

El encuentro fue un desastre. Le comenté mis acciones para salvarla del Proyecto y me manifestó su descontento. Por qué decide por mí, me amonestó con violencia. Qué sabe usted lo que yo quiero. No voy a renunciar a la posibilidad del espectáculo. Quédese al margen, Cifuentes. Volví a sentirla como Trece. Una desconocida a la que no se puede persuadir. A la que no le importo. Me tuvo en su boca sin un ápice de ternura.

Como catedrática de Geografía, continuó diciendo, siento responsabilidad sobre las M. Mil veces las estudiamos en el espacio del aula, las pintamos en mapas físicos y emocionales. Descendimos hasta la plataforma continental para establecer el lazo corpóreo, la conexión de esos pedazos de tierra ultrajada con el corazón del alumnado. De cualquier modo estoy sentenciada, confesó. Y se metió una rodaja de limón en la boca. Hizo una breve pausa, amarga, para decir: quiero parir un monstruo. Será mi contribución a la Junta. La miré con miedo. Esta mujer es un peligro.

Regreso triste a la oficina. Más solo. Busco el expediente. Le estampo el sello de los Catorce Sí. Conmigo no se jode, señora.

Planes hace alarde de felicidad. Trae una carpeta de tapa dura de la que extrae carpetitas negras que parecen pellejos de foca disecados. Todas iguales. Nos entrega las copias. Por fin, dice, tenemos los legajos y los nombres de las tres hembras seleccionadas. Golpecito en la puerta y un camarero de vientre grueso aparece con una frapera de aluminio, copas altas y una botella de champán. Tiene una mancha color dulce de leche en la camisa. Se la ha frotado tanto para disimularla que es lo único que se ve. Su tetilla derecha coincide con la aureola. Me remite automáticamente a una vaca viva. Y es raro. Siempre que pienso en ese

animal cuelga de un gancho en mi cabeza. Sonreímos y brindamos sin mucho convencimiento. Además, tenemos el estómago vacío. Enseguida Teodolina comienza a patinar vocales y consonantes. Silba y se frena en una coreografía atropellada para decir cualquier cosa sin interés. Su labia es un relleno. Erizo me da un beso, como si fuera mi cumpleaños. Demasiado baboso, lánguido. Le siento la respiración y las axilas, a la vez. Se me para. Me dan ganas de morderla, me contengo.

Cae la tarde en mi dormitorio cuando escucho una bocina junto a la ventana. Me saca de mis cavilaciones. Asomo la cabeza: Erizo. Me hace señas desde un Fiat 128 celeste. Vení, grita. Y bocinea de nuevo. Me abrigo de mala gana y salgo para que deje de llamar la atención.

Subí, me ordena. Quiero mostrarte algo. Le digo que es tarde y abre la puerta del acompañante sin darme espacio para la duda. A dónde vamos. El asiento está helado. Ella acelera sin responder. Toma la avenida Antártida. Las luces de Rawson van quedando atrás y nos sigue el silencio. Se concentra en el asunto de avanzar hacia la playa Unión. Llegamos al monumento de las Toninas Overas. El viento del mar se filtra por la ventilación del auto. Erizo estaciona.

Cada vez que vengo acá, pienso en vos, dice. Y me señala al cetáceo de cemento, enterrado boca abajo, como un falo tieso en blanco y negro. A pesar de mi desconcierto, del frío y del poco espacio, se saca las medias de nailon y la bombacha con un solo movimiento. ¿No te desnudas? Yo la miro sin entender. Dale, insiste, ya me di cuenta. De qué. Estás caliente conmigo, y sonrío tanto que le veo una carie mal arreglada. El empaste negro. Me bajo el cierre. Me acuerdo de la revisión médica para la colimba. En la que me fue mal. Intento penetrarla para terminar con la situación, pero no se me para. Pienso en Lucero, nada. Erizo frota, sopla, chuponea y tampoco. Es el frío, me disculpo sin ánimo de confrontar. Te invito a un café. Entonces le veo la pelusa en las axilas. Está sin depilar. Hundo la nariz ahí y enseguida me erecto. Aparece Mona en mi cabeza. La muy zorra otra vez, cuando uno no la espera. Erizo se abre de piernas y se la entierro como la tonina boca abajo. Eyaculo, soy un demente. El Fiat se empaña.

Regresamos con la sensación del error lamiendo el vidrio. Por suerte llueve y el sonido se ocupa de disminuir la incomodidad que provocaría el silencio. Erizo

gira en la rotonda y me deja lejos de mi dormitorio, en la entrada posterior. Chau, gracias, le digo. Cierro la puerta del auto tan despacio que no se traba. Ella se da cuenta, pero igual acelera. Para no tener que mirarme.

Tres candidatas con honores y una del pueblo. La voz de Teodolina me recibe a las ocho am. Publicó la lista de las hembras en el corcho de entrada, Jacinto. Hay que llamar al departamento de prensa y al sector psicología, donde está tu mamá. Pero primero, traeme un café. Erizo está con parte de enferma. Salgo al pasillo, inquieto. Me había olvidado de mi madre. O es al revés, ella se olvidó de mí. Hago tiempo junto a la máquina de café. No quiero ir a verla. Entonces, la diviso a Mona tomando el ascensor. Corro y llego antes de que cierre la puerta tijera. No me ve. Está de espaldas a mí, frente al espejo. Aprovecho para observar sus ancas. Cuando gira se da cuenta. El único movimiento que se produce es una leve conmoción en su ceja izquierda. Qué casualidad, le digo. Vos por acá. ¿Piso? El ascensorista en su banquito parece un espectro. Al tercero, improviso. Subimos hasta el primero a golpe de palanca y al llegar, grita como si estuviéramos sordos. ¡Primero! La voz rebota contra las paredes del ascensor y vuelve a meterse en su boca. Un efecto de aspiración y emanación muy atractivo. Es una boa enrollable, digo por lo bajo. La miro. Mona tiene los labios apretados como una pinza. Ni una sonrisa. El ascensorista vuelve a subir. ¡Segundo! Antes de bajarse, ella me dice que me esperan en su casa a cenar. Vienen todos, agrega. Incluida tu mamá. Ocho y media. Traé postre.

Me bajo en el tercero y desciendo los escalones de a dos. Teodolina debe estar impaciente. En el segundo piso, me encuentro con Mona de nuevo. Casi la tiro al suelo. Qué haces, dice. Me estás espiando.

Si te ibas a Colombia tardabas menos, me ladra Teodolina. Le doy su café. Tu mamá también está con parte de enferma, la ciática. Me entrega una lista y dos chinches. Apurate. Planes está reunido. Hoy somos vos y yo. Me guiña un ojo mientras me empuja fuera de la oficina.

Hago unos metros y me doy cuenta de que olvidé los anteojos y tengo que volver. Teodolina está en el baño, la puerta entornada. Sentada en el bidet, escucho correr el agua. Corolas húmedas y su vaginita trompuda. Qué cochina. Salgo y apuro el paso, pero me equivoco de pasillo. Dos abogadas con las demandas calientes discuten. A una lo conozco. Es la putita de Leopoldo. La otra la insulta y ésta

la abofetea. Le tira una carpeta, pero un gancho inesperado la tumba. Las veo caer y no me detengo. Enseguida, un grupo de curiosos arenga a las panteras, que gruñen desde la alfombra sucia y se tiran tarascones como quien muerde un abismo.

Las señoras Cinco, Trece y Cuatro son las afortunadas. Pero Cinco, la cerdita de Cinco, la que andaba revoleando la pelambre, es la Ganadora. Fue la primera en obtener los Catorce sí. Tampoco descarto que se haya revolcado con Planes. Anda muy festivo últimamente. La del Pueblo es la número 1789, sin más datos. Clavo el papel en el corcho de NOVEDADES. Paso el índice sobre la palabra Trece, y me lo llevo a la boca. Una tos me sorprende. Es ella, está a mi lado. Tenemos que hablar, me dice. Lo espero esta noche en mi dormitorio. Me pone una llave en el bolsillo y se va.

Cuando regreso a Teodolina, está de mejor humor. Además, llegó una circular. Las señoras no viajarán solas. Ah, le digo. ¿No entendés? ¡El grupo Vacuna las acompaña! ¡Nos vamos a las M! Me abraza como si hubiéramos ganado la lotería. Le digo que yo no puedo ir. Que odio los barcos. Que no sé nadar y no quiero morir de frío. Se ríe y me palmea. Tenemos que vacunarnos, seremos inmortales. Mañana vienen de la tele. Salimos en vivo. De la emoción, Erizo ya se curó. Viene en un rato.

¿Terminar mis días en las M? Me niego a perecer frente a la contemplación de contrahechos fornicando. Lucero y el resto de las señoras como juguetes genitales en cadena, caladas de semen hasta las orejas. El Proyecto demente pergeñado por mi hermano. Un fracaso cantado. Prefiero dinamitar la corbeta durante la travesía, sucumbir en las aguas congeladas del Atlántico. Intentar una masacre. El futuro está en mis manos. Decido beber para recuperarme. El alcohol es redentor. Enseguida, me animo. Voy a llegar a las M para prenderlas fuego. Al diablo con el Buen Ciudadano. Un administrativo furioso puede ser más letal que una tropa de delirantes en celo.